

Análisis estratégico del Atlántico Sur

Salgado Alba*

Durante cientos, quizá miles de años, las aguas profundas y misteriosas del Atlántico Sur estuvieron ocultas al hombre blanco, occidental y europeo, que ignoraba la existencia de este inmenso subocéano, hasta que en una fecha clave para la historia del mundo y gloriosa para la historia de Portugal, dos naves portuguesas rasgaron el velo que cubría estas ignotas aguas, adentrándose temerariamente en un mundo hasta entonces desconocido. Esta fecha fué a mediados de julio del año 1471, algo más de veinte años antes del descubrimiento de América, en la que los portugueses João de Santarém y Pero Escobar atravesaron el ecuador en aguas del golfo de Guinea.

Fué ciertamente un gesto de valor, casi de osadía, el de aquellos portugueses, que navegando cada vez más hacia el Sur del Atlántico atravesaron esa línea, entonces inaccesible, que es el ecuador de la Tierra, donde se pierde la gran referencia celeste que a todos los navegantes del hemisferio norte proporciona la seguridad de sus rumbos: la estrella polar. Había que vencer ese pavor náutico de perder la polar y seguir navegando hacia el sur. Los portugueses del siglo xv superaron con arrojo ese reto y tras ellos unos años más tarde lo hicieron los castellanos. La gran y fructífera rivalidad, caballeresca y a veces enconada rivalidad, entre las dos grandes potencias marítimas de entonces, Portugal y Castilla, azuzó a los marineros andaluces. Si los portugueses habían traspasado la línea ecuatorial abandonando la seguridad de la estrella polar, también ellos podían hacerlo. De este modo, el Atlántico Sur fué durante más de dos siglos: el xv, el xvi, un espacio, un inmenso espacio dominado por Portugal y España. Una dominación equilibrada por un tratado histórico: el Tratado de Tordesillas, que repartió el Atlántico en dos mitades: Portugal en la vertiente africana y España en la americana.

En el siglo xvii otras dos potencias europeas se lanzan, en son de conquista, sobre el Atlántico Sur, Inglaterra y Holanda, intentando disputar a España e a Portugal el dominio compartido de ese inmenso espacio marítimo empleando la estrategia y la táctica de la guerra del corso. Bucaneros, corsarios y piratas ingleses, holandeses y más tarde franceses, protagonizan esta lucha frente a España y Portugal en el Atlántico Sur: la primera lucha por el dominio de las comunicaciones marítimas. En el siglo xix aparece un triste y lamentable fenómeno que tiene por escenario esas aguas:

* Contralmirante. Director da *Revista General de Marina*.

la trata de negros, la esclavitud. El Atlántico Sur se convierte en el doloroso e infernal camino de la explotación del hombre negro por el blanco, un camino lleno de dolor, de angustia y de muerte para la gran masa de esclavos negros extraídos de África para su venta en América. Abolida la esclavitud, el Atlántico Sur se convierte pronto en el gran camino, en la gran vía de transporte de materias primas desde los países productores hacia los transformadores y consumidores del Atlántico Norte. Aparece con ello un nuevo fenómeno geohistórico: el colonialismo que va a durar más de un siglo.

En la Primera Guerra Mundial, el Atlántico Sur jugó un papel secundario en las estrategias de los bandos contendientes: Inglaterra, apoyada más tarde por los EE. UU. logró mantener el dominio del mar en esa zona, mientras Alemania empleó la guerra de corso contra la navegación aliada mediante ataques esporádicos a los mercantes enemigos por medio de buques de superficie y submarinos, en acciones de gran espectacularidad, pero muy poco eficaces. En la Segunda Guerra Mundial, se repitió el mismo proceso; pero con más virulencia por parte de los submarinos alemanes, sin conseguir resultados definitivos.

En la postguerra desaparece el colonialismo y el Atlántico Sur permanece alejado de los focos de tensión entre los dos bloques Oriental y Occidental, situación que se rompe cuando a principios de la década de los años setenta se produce el preocupante fenómeno estratégico de la decidida y tenaz penetración soviética en esta zona.

Tras esta rapidísima ojeada a la evolución político-estratégica del Atlántico Sur, veamos cual es la situación geopolítica de este gran espacio geoestratégico en el momento actual.

La situación geopolítica

En principio la zona del Atlántico Sur viene limitada por los espacios marítimos, terrestres y aéreos situados entre el ecuador y la Antártida comprendiendo los países ribereños del África subsahariana al Este y Sudamérica al Oeste.

Dentro de este inmenso cuadrilátero marítimo no existen apenas islas, sólo pequeños archipiélagos, el mayor de los cuales es el de las Malvinas, siguiendo en importancia geográfica, de Norte a Sur, las islas de Ascensión, Santa Elena, Trinidad, Tristán de Acuña, Bouvel, Georgia del Sur y Sandwich del Sur, todas ellas de pequeña superficie y muy poco habitadas. Es decir, que en el Atlántico Sur existe, desde el punto de vista geográfico, un gran vacío de tierras emergentes, lo que da mayor importancia a las

masas continentales que lo limitan, por el Este, Africa, y por Oeste, Sudamérica.

La longitud de las costas africanas, desde Freetown hasta Cabo Agulhas, es de 7800 kilómetros, siendo de 9000 kilómetros la longitud de las costas sudamericanas.

El límite norte de la zona, que hemos fijado en el ecuador, coincide sensiblemente con la línea que une los dos puntos más próximos de ambos continentes: Natal, (en Brasil) y Freetown, (en Sierra Leona) espacio conocido con el nombre de la Garganta del Atlántico y que tiene 1800 kilómetros de longitud. Este nombre de «garganta» (gargalo en portugués), es altamente significativo, pues si alguien consiguiera colocar una soga en torno a esa garganta, podría asfixiar a los países del Atlántico Norte, como veremos más adelante.

Los límites norte, este y oeste del Atlántico pueden definir-se geográficamente con bastante precisión; pero no así el límite meridional, que es preciso fijar en la Antártida.

Ahora bien, entre la Antártida, como masa continental, y los extremos sur de Africa y Sudamérica, existen dos grandes espacios marítimos de características diferentes: el canal de Drake e el Estrecho de Magallanes, que unen el Atlántico con el Pacífico, y el gran paso entre el cabo de Buena Esperanza y el extremo nordeste de la Antártida, que une el Atlántico con el Indico. Tanto en un paso como en otro, la presencia de hielos a partir de los 60º de latitud Sur condicionan, geográficamente, la navegación por ellos. Definida geográficamente la zona de nuestro estudio, es necesario hacer una observación de gran interés. El punto de Europa más próximo a la zona es el archipiélago canario, con una distancia de unas 1600 millas, equivalente a 2900 kilómetros, y con las Canarias, el archipiélago de las Madera, y el de las Azores. Estos son los tres centinelas occidentales que han de vigilar esa delicada garganta que une el Atlántico Sur con el Atlántico Norte.

Según el profesor brasileño Paulo Roberto de Almeida, el Atlántico Sur, desde el punto de vista geopolítico constituye un «oceano de transito», una parte del conjunto denominado por Mackinder Gran Oceano y que estaría constituido por el Atlántico Sur, el Pacífico y el Indico. En esta concepción geopolítica, la «garganta» entre Natal y Freetown representa lo que el Estrecho de Gibraltar en el mundo antiguo: la unión entre el Mediterráneo – hoy sustituido por el Atlántico Norte, y el Gran Océano de entonces que era precisamente la parte norte del Océano Atlántico.

Los cuatro frentes geopolíticos

En el Atlántico Sur pueden considerarse cuatro sectores diferenciados que coinciden

con los cuatro límites geográficos, y que han sido denominados por el tratadista argentino Estanislao Cortinas como los cuatro frentes geopolíticos de la zona: el frente Norte, marítimo en su totalidad, sobre la línea Natal-Freetown; el frente Sur, marítimo continental, centrado en la Antártida, y los frentes oriental y occidental el primero africano y el segundo sudamericano.

El frente norte supone una zona de transición entre el Atlántico Norte y el Atlántico Sur, que, en cierto modo, podría ser considerado como el Atlántico Central, ocupando una extensa franja marítima entre el Trópico de Cáncer y el Ecuador. En este frente geopolítico, esencialmente marítimo, los puntos de más destacado interés son el archipiélago de las Antillas, en el mar Caribe, centrado en la isla de Cuba. Este frente norte es, ante todo y sobre todo, una zona de paso cuya máxima importancia viene dada por las líneas de tráfico marítimo que, como veremos más adelante, constituyen el primer objetivo geoestratégico del Atlántico Sur.

El frente geopolítico africano comprende los territorios de dieciseis naciones, soberanas hoy, pero en su mayor parte ex colonias de tres potencias europeas: Gran Bretaña, Francia y Portugal.

De esas 16 naciones trece se incluyen en el mundo del subdesarrollo: Sierra Leona, Liberia, Costa de Marfil, Ghana, Togo, Benin, Camerún, Guinea Ecuatorial, Santo Tomé, Congo, Zaire, Angola y Namibia; dos naciones en vías de desarrollo, si bien un desarrollo muy *sui generis*, basado en el petróleo que son Nigeria y Gabón, y una última nación, potentemente desarrollada, Sudáfrica, que ejerce un dominio geopolítico y geoestratégico sobre el cono sur de Africa.

La población total de esas dieciseis naciones se cifra aproximadamente en 190 millones de habitantes, en su inmensa mayoría de raza negra.

La economía de estos países africanos está basada en tres pilares: agricultura, minería y pesca, destacando la minería con dos capítulos principales: el petróleo, centrado en Nigeria y Gabón, y los minerales estratégicos – cromo, níquel, uranio, manganeso, amianto, oro, diamantes y platino.

El principal cliente de todos estos productos, tanto minerales como agrícolas, es Europa.

El país más potente de este frente africano es Sudáfrica, primer exportador mundial de oro y diamantes, y gran productor de mineral de hierro, arrabio, carbón y cobre. Le sigue Nigeria, por su riqueza petrolífera y su elevada población, 90 millones de habitantes.

Políticamente el frente africano del Atlántico Sur constituye una zona de muy elevada inestabilidad, fruto de dos factores: la descolonización precipitada y las luchas raciales y tribales. Revoluciones, golpes de estado, insurrecciones y levantamientos son constantes en las naciones ex coloniales del Africa Negra subsahariana.

Un último rasgo de interés geopolítico peculiar en el frente africano sudatlántico es la pobreza.

Según un muy meritorio estudio de Alberto Miguez y Antonio Sánchez Gijón, veintidós de los treinta y seis países más pobres del mundo se hallan situados en Africa y de esos veintidós, quince se encuentran al sur del Sahara, y de esos quince, once tienen costas en el Atlántico, cuya renta per cápita se sitúa en 390 dólares, la sexta parte de la media europea.

El signo más patente de esta tremenda pobreza africana es el déficit de alimentos. En una palabra, es el hambre el factor más negativo de este frente suratlántico africano.

El frente geopolítico sudamericano esta intregado por tres países: Brasil, Uruguay y Argentina. La población total de estos tres países supone el 65 por ciento de toda la población de Sudamérica, correspondiendo al Brasil 120 millones de habitantes, con una renta de 1200 dólares per cápita; a Uruguay, tres millones de habitantes, con 1500 dólares per cápita, y a la República Argentina, 28 millones de habitantes, con una renta per cápita de 1700 dólares.

Estos tres países son ricos en recursos naturales, tienen saldos agrícolas exportables, Brasil con productos tropicales, Uruguay y Argentina con cereales y forrajes. Argentina es un fuerte exportador de grano y carnes.

En cuanto a minería, Brasil es el primer país del mundo exportador de hierro y uno de los primeros en manganeso y níquel. Argentina cuenta con notables recursos de uranio, cobre y manganeso. Ambas naciones poseen petróleo y gas natural, aunque son deficitarias. La riqueza pesquera de todo este frente sudamericano es grande, en especial con el sector de las Malvinas hacia la Antártida.

Tanto Brasil como Argentina son países en avanzada vía de industrialización. Ambas vivieron un crecimiento económico rapidísimo en los años de 1968 a 1975, y ambas, a partir de la crisis mundial provocada por el disparatado precio del petróleo, experimentaron un frenazo enorme, hasta llegar a un decrecimiento del 2 por 100 del PNB en 1983, lo que ha dado lugar a la actual situación de tremendo endeudamiento y bancarrota financiera.

En resumen, las dos potencias con posibilidades hegemónicas en el frente americano

del Atlántico Sur, poseedoras de un elevado nivel de recursos humanos, naturales, industriales e incluso tecnológicos en algunos sectores, se encuentran hoy económicamente muy débiles y financieramente endeudadas hasta límites casi insoportables.

Pasemos a examinar el último de los cuatro frentes, el del Sur:

La Antártida es el único continente no conquistado por el hombre, es un continente virgen con inmensas posibilidades de futuro. La nieve y el hielo cubren el 98 por 100 de su inmensa superficie, rodeada por el océano Glacial Antártico. Vientos fortísimos, temperaturas hasta 88° bajo cero y soledad casi infinita son los rasgos característicos de este continente que el hombre se apresta a conquistar para explotar las muy probables riquezas que contiene en minerales, petróleo y gas natural, a parte de la pesca.

Para solucionar el grave problema del reparto del continente antártico, entre las naciones que reclaman derechos de posesión se llegó en 1959 a la firma del llamado «Acuerdo Antártico», por las naciones interesadas, con vigor hasta 1991.

El objetivo del acuerdo es facilitar y posibilitar la libre utilización del continente con fines de investigaciones e impedir que se produzcan conflictos por pretensiones territoriales. Se prohíben maniobras militares, explosiones nucleares y almacenamiento de residuos atómicos.

Tras esta rápida ojeada al cuadro geopolítico del Atlántico Sur, veamos también, muy rápidamente, cuáles son los grandes intereses que se encuentran presentes en la zona.

Análisis geoestratégico: intereses y objetivos

El primero y más importante y más definido de los intereses presentes en permanencia en el Atlántico Sur está constituido por el enorme y valiosísimo flujo del tráfico marítimo que discurre por sus aguas. Son tres las grandes líneas de tráfico marítimo que discurren por el Atlántico Sur, y las tres en dirección del Sur hacia el Norte, a saber:

- Del cabo de Buena Esperanza a Europa
- Del cabo de Buena Esperanza a Norteamérica
- Del cabo de Hornos al Atlántico Norte.

La ruta del cabo de Buena Esperanza es con gran diferencia la de mayor volumen de

tráfico. Se calcula que procedentes del Indico doblan el cabo de Buena Esperanza dos mil buques mercantes al mes, de los que 600 son petroleros procedentes del golfo Pérsico. Este gran volumen de tráfico se duplicaría en caso de cierre del canal de Suez.

En una documentada ponencia presentada en un seminario recientemente celebrado en San Miguel de las Azores, el Contralmirante Warren C. Hamm Jr., Segundo Comandante en Jefe de IBERLANT, afirmó que en 1981, con el canal de Suez abierto, de los 738 millones de toneladas de petróleo importadas por los países de la OTAN, 537 millones llegan por el cabo de Buena Esperanza y los puertos de Africa Occidental y, por otra parte, el 97,5% de todo el tráfico marítimo que bordea el cabo de Buena Esperanza pertenece al mundo libre, y solamente el 2,5% corresponde a la Unión Soviética o países del Pacto de Varsovia.

La ruta del cabo de Hornos, que viene del Pacífico a través del canal de Drake, presenta un volumen de tráfico de unos 1000 barcos mensuales. Si se cortase el canal de Panamá se triplicaría el tráfico por este paso.

En contraste con este voluminoso tráfico en dirección Norte-Sur, el tráfico horizontal Este-Oeste es muy pobre, ya que el intercambio comercial de mercancías entre Sudamérica y Africa es pequeño.

Este primer y principal interés del tráfico marítimo en la zona sur atlántica da lugar al primero y más importante y más permanente de los objetivos geoestratégicos: la protección, la defensa y el control de ese tráfico marítimo que es vital para Europa, para Norteamérica, para Africa y para Sudamérica: en una palabra es un objetivo vital para el mundo libre.

El segundo gran interés en la zona, interés igualmente de signo occidental, consiste en mantener, propiciar y potenciar la estabilidad política y la seguridad, tanto en las naciones del frente africano, como en las del frente sudamericano.

La estabilidad política en la zona interesa a Occidente por cuanto la gran mayoría de las naciones en ella presentes son países insertos en la órbita occidental, tanto por su cultura como por sus relaciones económicas, políticas, comerciales y sociales con Europa Occidental y Norteamérica.

En resumen, son dos los grandes objetivos geoestratégicos occidentales en el Atlántico Sur: la protección del tráfico marítimo y la preservación de la estabilidad y equilibrio entre los países presentes en la zona.

Frente a estos intereses occidentales se sitúan los opuestos del bloque oriental,

específicamente los de la Unión Soviética que, como es lógico y natural, son antagónicos con los objetivos occidentales. El primero, tener capacidad geoestratégica para interferir y atacar al tráfico marítimo, y el segundo, contar con posibilidades para provocar situaciones de desestabilización política, tanto en el frente africano como en el frente sudamericano.

Del anterior análisis esquemático de los factores geopolíticos y geoestratégicos que juegan con mayor énfasis en el Atlántico Sur podemos establecer las siete premisas siguientes:

1. Existen en la zona tres potencias con capacidad teórica de geodominio: Brasil, Argentina y Sudáfrica, y una cuarta en formación, Nigeria. El resto de los países carecen de esta capacidad y presentan un nivel muy bajo de estabilidad y autodefensa.
2. Los intereses occidentales en la zona se centran en el tráfico marítimo que discurre de Sur a Norte, con tres puntos focales de gran interés geoestratégico: el cabo de Buena Esperanza, el canal de Drake y la garganta Natal-Freetown que constituye el punto focal de mayor interés.
3. En el centro de la zona existe un vacío por ausencia de tráfico marítimo entre el frente africano y el sudamericano.
4. El frente sur, centrado en la Antártida, atrae intereses de las tres potencias zonales: Argentina, Chile y Sudáfrica, y de otras exteriores:
Reino Unido, Noruega, Estados Unidos y la Unión Soviética.
5. Los intereses geopolíticos y objetivos geoestratégicos de la Unión Soviética se sitúan en el antagonismo con los intereses y objetivos occidentales, es decir, en amenazar el tráfico marítimo y desestabilizar el equilibrio inestable de los países situados en la zona, en especial los africanos.
6. Los intereses particulares de los países europeos, residuo de su pasada presencia colonial sobre territorios africanos y sudamericanos, se centran en tres potencias: Francia, sobre los países del ámbito francófono; el Reino Unido, sobre la zona de las Malvinas y Antártida; Portugal, sobre Angola y Mozambique, y, en mucha menor medida, España, sobre Guinea Ecuatorial.
7. Los intereses extra-estratégicos de tipo cultural, histórico y entendimiento recíproco están representados por España, hacia Hispanoamérica y, Portugal, hacia Brasil y Angola-Mozambique-Cabo Verde. Francia e Inglaterra hacen coincidir este tipo de intereses con los ya mencionados estratégicos y políticos.

En este escenario se desarrolla una cada vez más intensa actividad estratégica provocada por las tensiones, los conflictos, y las amenazas que existen en este ámbito, todo lo cual pasamos a examinar a través del análisis polemológico.

Análisis polemológico

El cuadro que hemos presentado a través de los análisis geopolítico y geoestratégico del Atlántico Sur, nos proporciona una imagen «estática» de esta zona. Para dar dinamismo a esta imagen, es decir, para pasar de la «fotografía» a la «película» es preciso analizar las tensiones, los conflictos, y en definitiva, los choques de intereses y objetivos que en este ámbito se producen, lo que nos lleva a considerar la actividad polemológica.

Comencemos por analizar, muy brevemente, la situación militar en ese inmenso teatro estratégico que es el Atlántico Sur. En este aspecto es preciso distinguir dos tipos de fuerzas militares presentes en la zona. Por un lado, las pertenecientes a las tres grandes naciones situadas en ella: Argentina, Brasil, y Sudáfrica, y, por otro, las fuerzas pertenecientes a potencias que, estando situadas fuera de la zona, tienen fuerzas militares destacadas en territorios sudatlánticos y que principalmente pertenecen a cinco potencias: la Unión Soviética, Cuba, Estados Unidos, Francia y Gran Bretaña.

De las tres grandes naciones suratlánticas es África del Sur la que posee mayor potencia militar efectiva. Tanto la Marina como la Fuerza Aérea de la República Sudafricana cuentan con material muy moderno y personal perfectamente adiestrado. El Ejército de Tierra, en acción continua contra guerrillas hostiles en sus fronteras es de una eficacia muy superior al de todas las naciones de su entorno. La industria de armamentos está muy desarrollada, hasta el punto de ser autosuficiente en armamento ligero y medio. Por último, Sudáfrica se encuentra, tecnológicamente e industrialmente, capacitada para dotarse de armamento nuclear.

La potencia militar del Brasil, mayor cuantitativamente que la de Sudáfrica, pero menor en calidad, hace de este inmenso país la mayor potencia militar de Sudamérica. Sus efectivos, de 230 mil hombres, y su armamento, una gran parte en proceso de modernización, y otra de producción propia, hacen de las fuerzas brasileñas un instrumento defensivo de gran peso en la zona. Brasil cuenta también con capacidad para hacerse con la bomba atómica y es exportador notable de armamento militar.

Argentina, que tradicionalmente era la gran rival de Brasil en Sudamérica en cuanto a potencia militar, se ha quedado muy retrasada tras su dolorosa derrota de las

Malvinas.

A pesar de todo ello, las fuerzas armadas argentinas, que demostraron en acciones aisladas en la campaña de las Malvinas su buena preparación táctica, pueden rehacerse, aunque no a corto plazo, y situar-se en un nivel no muy alejado de las de Brasil, si el país consigue una estabilidad política y una recuperación económica aceptable. Argentina era, antes de la campaña de las Malvinas, la nación con más posibilidades de convertirse en potencia nuclear en la zona del Atlántico Sur.

Cambiando de observatorio y centrando nuestra atención en el despliegue de fuerzas extrañas a la zona, observamos, en primer lugar, que la potencia que tiene destacadas en permanencia más fuerzas y más potentes medios bélicos en el Atlántico Sur, en este momento y desde hace una década, es la Unión Soviética.

La penetración militar de Rusia en el Atlántico Sur constituye la maniobra estratégica más brillante desde la caída del Imperio británico y francés en Africa.

Al desaparecer en forma precipitada y atolondrada de Africa las presencias coloniales inglesa y francesa se produjo un enorme vacío de poder en toda la zona, que ha sido aprovechado, con impresionante eficacia, por la URSS para ir situando, con bien medidos movimientos, sus poderosas fuerzas militares en los puntos más adecuados en cada momento. Y todo esto lo ha hecho Rusia ayudada, mejor dicho sirviéndose de un pequeño país de nuestra estirpe hoy sometido a su total e irremisible dominio: la más linda y la hoy más desgraciada de todas las lindísimas islas del Caribe: Cuba.

Esa macabra alianza cubano-soviética para la penetración comunista en Africa, en la que, según se dice en la Habana, Rusia pone las armas y Cuba los muertos.

La penetración soviética en el Atlántico Sur comienza en el año 1969, con un pequeño incidente pesquero que la Marina soviética aprovecha para establecer un punto de apoyo, primero en Guinea Conakry, y algo más tarde en Angola.

La misión oficial de estas fuerzas era, en apariencia, totalmente inocente: proteger a los pesqueros soviéticos que faenaban en la zona, esos pesqueros soviéticos que tan conocidos son en las islas Canarias. La penetración naval soviética en aguas africanas pasa inadvertida para Occidente durante varios años; pero llega el gran momento de hacerse claramente presente en 1975, cuando estalla la crisis angolaña, durante la cual el presidente de Luanda, Agostinho Neto, solicita la ayuda de Fidel Castro, el cual, azuzado por Moscú, que proporciona buques y aviones de transporte, organiza la llamada «Operación Carlota» enviando nada menos que 20 mil soldados cubanos a Luanda y cuantísimo volumen de armamento soviético. Ya ha puesto Rusia con solidez su poderoso pie en Africa.

Desde entonces la penetración soviético-cubana no ha cesado de afianzarse en todo el frente africano del Atlántico Sur. Hoy existe en esa zona una potente flota soviética integrada por destructores, cruceros e incluso submarinos atómicos de la clase «Delta» y «Tiphon» armados con misiles SSN-8 y SSN-18 y la presencia de soldados cubanos y «asesores militares» de países del bloque soviético.

Afortunadamente, el frente sudatlántico americano ha resistido hasta ahora con fortuna la penetración soviética. Argentina, Uruguay y Brasil, países de condición geopolítica occidental y marítima a causa principalmente de su cultura histórica de raíz hispano-lusitana, ha sabido oponerse con éxito a los designios soviéticos ... hasta ahora.

La presencia militar más efectiva en Africa, tras la ya expuesta soviético-cubana, es la francesa. Francia ha sido llamada el «gendarme occidental de Africa». Francia, tras la descolonización, ha ido tejiendo una espesa y hábil red de acuerdos militares y de seguridad con muchas de sus antiguas colonias, manteniendo en estos países contingentes militares de intervención rápida y grupos de «consejeros». El número de funcionarios franceses desplegados en Africa para respaldar esta política se calcula en 200 mil de los que unos 30 mil son militares. El coste para Francia de esta presencia en Africa se aproxima a los mil millones de dólares anuales.

En contraste con la política francesa en este aspecto, la de Inglaterra, de significado más colonial y egoísta, se dirige, no hacia Africa, sino hacia Sudamérica, y se centra, como es bien sabido, en la conservación de su presencia en el archipiélago de las Malvinas. Como puntos de apoyo al despliegue naval británico en el Atlántico Sur, muy debilitado, destaca la isla de Ascensión, en posición central, cuya base aeronaval jugó gran papel estratégico en la guerra contra Argentina. Sería muy deseable para el mantenimiento de la paz y la seguridad en el Atlántico Sur, un arreglo negociado entre Argentina y el Reino Unido sobre el problema de las Malvinas; pero las últimas decisiones del gobierno británico ampliando la zona restringida en torno al archipiélago no abonan este deseo.

Por último, los Estados Unidos, siguiendo una estrategia defensiva de contención, centran su presencia en el Atlántico Sur en el despliegue de fuerzas navales pertenecientes al mando del Atlántico: CINCLANT, con sede en Norfolk.

La Marina norteamericana mantiene en el Atlántico Sur una fuerza naval de proporciones muy variables, de acuerdo con la situación estratégica en todo el Atlántico e incluso en el Indico; pero nunca inferior a la de la Unión Soviética, en especial de submarinos nucleares.

En este marco existen diversos tipos de conflictos y tensiones, al igual que en

cualquier otra zona geoestratégica del mundo. Estos conflictos y enfrentamientos pueden dividirse, para su estudio, en tres grandes categorías, derivadas de los tres tipos de tensiones:

- Las tensiones Este-Oeste.
- Las tensiones Norte-Sur.
- Las tensiones coyunturales.

En el ámbito de las omnipresentes tensiones Este-Oeste el objetivo es el tráfico marítimo, vital para Occidente, y que las fuerzas navales y aéreas soviéticas presentes en la zona podrían yugular en caso de crisis o conflicto armado. Este tráfico marítimo presenta tres puntos de concentración, tres zonas focales donde la acción soviética sería más rentable. El cabo de Buena Esperanza, el canal de Drake y la garganta afrosudamericana.

En la zona de El Cabo la responsabilidad de protección al tráfico marítimo recae directamente sobre la República Sudafricana. Hace diez años Sudáfrica, apoyada por Gran Bretaña y los Estados Unidos, a través del Tratado de Líneas de Navegación, estaba en perfectas condiciones de cumplir esta importantísima misión; pero hoy, tras la abolición de ese Tratado y el embargo de armas decretado contra Sudáfrica por las Naciones Unidas, todo por culpa del odioso «apartheid», la Marina y la Aviación sudafricana se encuentran debilitadas, y, lo que es mucho más grave, la base aeronaval de mayor importancia en ese delicado sector: la base de Simonstown ha tenido que ser cerrada. Consecuencia: el punto más delicado de todo el Atlántico Sur en relación con el tráfico marítimo: el cabo de Buena Esperanza es hoy el más vulnerable.

Algo parecido, pero menos preocupante, ocurre en el canal de Drake, sobre el que Argentina y también Chile ostentan una posición de geodominio a favor de Occidente. La debilitación de Argentina, su enfrentamiento con Inglaterra por las Malvinas y sus divergencias, hoy afortunadamente superadas, con Chile por el canal de Beagle, debilitan la capacidad occidental de protección al tráfico marítimo procedente del Pacífico.

La zona focal del tráfico marítimo situada en la garganta sobre el límite norte del Atlántico Sur, zona del máximo interés estratégico naval para Europa y Norteamérica, se encuentra algo mejor protegida, por caer bajo el despliegue naval de la Flota norteamericana de CINCLANT, con el posible apoyo de la OTAN a través de SACLANT y la influencia de Brasil en su sector occidental. Ahora bien, el sector oriental de esa importante zona presenta puntos de presencia soviética. Para contrarrestar esa

amenaza, Occidente cuerrta sobre el sector con un débil, pero no despreciable, apoyo en Senegal Dakar a través de la presencia francesa, pero el gran apoyo de refuerzo tendría que proceder de más ai norte, precisamente de las islas Canarias, respaldadas por Azores y Madeira, lo que proporciona a estos archipiélagos un valor estratégico de singular importancia en la defensa del primer objetivo del Atlántico Sur: la protección del tráfico marítimo en la delicada garganta del Atlántico.

Otro punto delicado es la Antartida, en la cual son cuatro las naciones que se disputan su presencia de hecho y de derecho: Argentina, Chile, Gran Bretana y Noruega. Las reivindicaciones de Chile y Argentina se superponen entre sí y las dos a su vez con las de Gran Bretana. Argentina es la nación que más personas mantiene en el continente blanco, unas 350 de las 900 que normalmente habitan la totalidad del continente. El Tratado de la Antártida mantiene hasta 1991 una especie de *status quo* equilibrado en este espacio; pero a partir de esa fecha pueden surgir conflictos, en especial por la cada vez más intensa presencia de las dos superpotencias, la URSS y los EE.UU., que, de momento, aceptan y se atienen al Tratado. Lo que ocurra a partir de 1991 depende en gran medida de los resultados de las investigaciones que las mencionadas naciones, más Australia y Nueva Zelanda están desarrollando en busca de riquezas naturales. España prepara una expedición científica a la Antartida en cooperacion con Polonia, primero, y en forma autónoma más tarde.

Sistemas de seguridad en el Atlántico Sur

Ante este avispero de enfrentamientos, tensiones, conflictos, amenazas y posicionamientos estratégicos que el anterior análisis polemológico nos ha puesto de manifiesto, la gran pregunta, la gran cuestión que se plantea es si puede existir algún sistema de cooperación internacional que proporcione paz y seguridad a la totalidad de la zona del Atlántico Sur. Y aquí es donde aparece, en toda su crudeza, un gran vacío estratégico. Porque la respuesta a esa pregunta es totalmente negativa. Todos los esfuerzos que se han emprendido en el sentido de organizar, por parte de Occidente, la defensa estratégica del Atlántico Sur han fracasado más o menos estrepitosamente.

El primer intento serio en este sentido fué el de crear en el Atlántico Sur, una organización similar a la OTAN del Atlántico Norte, que se habría llamado «Organización del Tratado del Atlántico Sur», OTAS, o SATO en inglés. La idea nació en 1978 en las mentes de los directores de las estrategias de Sudáfrica, Inglaterra, Argentina y Estados Unidos; pero faltaba Brasil, y Brasil, rival entonces de Argentina y

Sudáfrica, rechazó tal idea, que murió sin nacer.

A falta de una OTAS que abarcase toda la zona, se pensó en una organización destinada únicamente a la protección del tráfico marítimo, el llamado «Acuerdo de los Enlaces Marítimos» que se estableció entre los tres grandes: Brasil, Argentina y Sudáfrica, se deshizo al ser condenada Sudáfrica por las Naciones Unidas.

Otra organización de tipo similar que agrupaba los esfuerzos de las marinas sudamericanas en defensa del tráfico marítimo, denominado el CAMAS (Control del Area Marítima del Atlántico Sur), que llegó a tener cierta efectividad en el mantenimiento de la información de tráfico marítimo mediante proceso electrónico, empleando procedimientos de la OTAN, fue barrida por el conflicto de las Malvinas, el cual puso, por otra parte, en evidencia la fragilidad de los pactos y acuerdos de cooperación interamericana y en especial la OEA.

Este profundo vacío defensivo estratégico que surge en la zona del Atlántico Sur supone un grave peligro en potencia, pues si tal vacío no es rellenado por la cooperación regional y extrarregional de los países de todo el Atlántico Norte y Sur, pertenecientes al mundo libre, serán las potencias del mundo soviético quienes lo rellenen. La solución de este problema es difícil, pero es también urgente y, sobre todo, necesaria. Hace falta que el Occidente Atlántico haga un gran esfuerzo de solidaridad efectiva en defensa del Atlántico Sur, comenzando por adquirir conciencia clara de la gravedad del problema y reaccionar del único modo efectivo para resolverlo: contar con voluntad política para hacerlo, voluntad política que ha de ser el cimiento de toda estructura estratégica eficaz, en la que debemos participar todas las naciones: grandes, medianas y pequeñas, a quienes nos interesa que el Atlántico Sur no se convierta en un lago soviético o soviético, un interés de gran alcance que afecta, y mucho a la OTAN y dentro de ella a España y a Portugal.

En cuanto a la OTAN es obvio que el mando aliado más interesado en el problema, es el de la zona IBERLANT, bajo mando portugués. La base más próxima de la OTAN a la garganta del Atlántico es Porto Santo.

España y Portugal tienen profundos e irrenunciables intereses en el Atlántico Sur, intereses que no es fácil concretar en objetivos estratégicos, porque su raíz no es de tipo material, sino de categoría espiritual, moral, afectiva, histórica y cultural.

Todas las naciones del frente sudamericano no del Atlántico Sur hablan español o portugués, y portugués hablan gran parte de los países del frente africano suratlántico. Los lazos históricos, religiosos, familiares y culturales que unen a España y Portugal con esos países de raíz ibérica nos obligan a españoles y portugueses a no

desentendemos de la suerte de la zona que acabamos de analizar, sino todo lo contrario; nos obligan a cooperar con nuestros aliados en rellenar ese vacío estratégico que hace peligrar la paz y la seguridad en la zona.